

THOMAS BERNHARD

Goethe se muere

Relatos

Traducido del alemán
por Miguel Sáenz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Goethe schreibt*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2010

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

© de la traducción: Miguel Sáenz, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;

teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-0885-3

Depósito legal: M. 22.334-2012

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Goethe se muere
- 41 Montaigne. Un relato
- 61 Reencuentro
- 103 Ardía. Relato de viaje para un amigo
de otro tiempo

- 117 Fuentes

Nota del traductor

Thomas Bernhard publicó el relato que da título a este libro en el periódico *Die Zeit*, en 1982, y lo tituló *Goethe shtirbt* (no *Goethe stirbt*, como sería lo correcto). Más que utilizar una forma dialectal alemana, parece servirse de ese recurso ortográfico para hacer blanco de su ironía, como ha dicho Michaela Schmitz, a dos tabúes alemanes a la vez: Goethe y la muerte. Dada la dificultad de trasladar esta ironía al español, hemos optado por titularlo simplemente *Goethe se muere*.

Goethe se muere

La mañana del veintidós, Riemer me exhortó a que, en mi visita a Goethe, fijada para la una y media, hablase *por un lado en voz baja y por otro en voz no demasiado baja* con aquel hombre, del que sólo se decía ahora que era el más grande de la nación y al mismo tiempo el más grande de todos los alemanes hasta la fecha, ya que, por una parte, oía *unas veces con claridad francamente aterradora* y otras *no oía ya casi en absoluto*, y no se sabía lo que oía ni lo que no oía, y, aunque al conversar con aquel genio en su lecho de muerte, que, más o menos inmóvil, miraba casi todo el tiempo hacia la ventana, lo más difícil era encontrar el volumen sonoro adecuado en el propio discurso, resultaba posible

sin embargo, sobre todo con la mayor atención de los sentidos, encontrar en esa conversación que ahora, en realidad, sólo entristecía exactamente ese término medio apropiado para aquel espíritu, que de forma evidente para todos había llegado a su final. Él, Riemer, había hablado en los tres últimos días varias veces con Goethe, dos en presencia de Kräuter, al que, al parecer, Goethe había encarecido que permaneciera con él constantemente y hasta su último instante, pero una vez sin embargo solo, porque Kräuter, sin duda debido a un súbito malestar a consecuencia de la entrada de Riemer en la habitación de Goethe, había abandonado a éste precipitadamente, con lo que Goethe en seguida, como en los viejos tiempos, había hablado con Riemer de *El dudar y el no dudar*, exactamente como en aquellos primeros días de marzo en los que, según Riemer, Goethe había vuelto una y otra vez sobre ese tema, una y otra vez, y una y otra vez con la mayor viveza, después de, según Riemer, haberse ocupado a finales de febrero casi exclusivamente y al mismo tiempo como ejercicio matutino cotidiano con Riemer, por consiguiente sin

Kräuter y por consiguiente sin aquella *persona que acechaba la muerte de Goethe*, calificada una y otra vez por Riemer de *antiespíritu*, del *Tractatus logico-philosophicus* y después de haber calificado el pensamiento de Wittgenstein, en general, de *a la vez el más próximo al suyo* y de *sucesor del suyo*; ya que el suyo, precisamente cuando se había tratado de decidir entre lo que Goethe había tenido que admitir y reconocer durante toda su vida como aquí y durante toda su vida como allá, había quedado en definitiva cubierto, si es que no *totalmente oculto* por el pensamiento de Wittgenstein. Goethe, al parecer, se había excitado tanto con el tiempo con ese pensamiento, que conminó a Kräuter a que hiciera venir a Wittgenstein, que, costase lo que costase, lo trajera de Inglaterra a Weimar, *por todos los medios y tan pronto como fuera posible*, y efectivamente, Kräuter *había podido* convencer a Wittgenstein para que visitara a Goethe, de forma curiosa, precisamente ese día veintidós; Goethe había tenido ya a finales de febrero la idea de invitar a Wittgenstein a Weimar, según Riemer ahora, y no sólo a primeros de marzo, como afirmaba Kräuter, y ha-

bía sido Kräuter quien había sabido por Eckermann que Eckermann había querido evitar por todos los medios el viaje de Wittgenstein a Weimar, a casa de Goethe; Eckermann había contado a Goethe cosas tan *desvergonzadas* sobre Wittgenstein, según Kräuter, que Goethe, entonces todavía en plena posesión de sus fuerzas y, como es natural, también de las físicas y diariamente todavía en condiciones de ir a la ciudad, es decir, de dejar por completo el Frauenplan para ir hasta cerca de la casa de Wieland, pasando por la casa de Schiller, según Riemer, que Goethe prohibió a Eckermann decir nada más sobre Wittgenstein, *ese hombre digno del mayor respeto*, como al parecer dijo Goethe literalmente a Eckermann que los servicios que él, Eckermann, le había prestado a él, Goethe, hasta entonces y de hecho siempre, resultaban nulos de pleno derecho en aquel día y aquella hora, la más triste de las horas de la historia de la filosofía alemana, él, Eckermann, por su vileza al desacreditar a Wittgenstein ante él, Goethe, se había hecho imperdonablemente culpable ante él y debía dejar al instante la habitación; al parecer, Goethe dijo *la habitación*, muy

en contra de su costumbre, porque sólo llamaba siempre a su alcoba *la cámara*, de repente, según Riemer, había arrojado a la cabeza de Eckermann la palabra *habitación* y Eckermann se había quedado allí un momento totalmente mudo, no había podido decir palabra, según Riemer, y había dejado a Goethe. *Quería quitarme lo que es más sagrado para mí*, dijo Goethe al parecer a Riemer, *él, Eckermann, que me lo debe todo, al que se lo he dado todo y que no sería nada sin mí, Riemer*. Goethe, después de haber dejado Eckermann la cámara, había sido a su vez incapaz de decir palabra, al parecer sólo repetía la palabra *Eckermann*, realmente tantas veces que a Riemer le pareció que Goethe estaba a punto de volverse loco. Sin embargo, Goethe se había repuesto luego rápidamente y había podido hablar con Riemer, ni una palabra más sobre Eckermann pero sí sobre Wittgenstein. Para él, Goethe, era la felicidad más alta saber que estaba en Oxford su más próximo allegado, separado sólo por el Canal, según Riemer, quien precisamente al contarle me pareció de lo más digno de crédito y no, como siempre, exaltado e inverosímil; de re-

pena, el relato de Riemer tenía la autenticidad que normalmente echaba siempre en falta en sus relatos, Wittgenstein en Oxford, dijo Goethe al parecer, Goethe en Weimar, un feliz pensamiento, querido Riemer, quién puede apreciar lo que vale ese pensamiento salvo yo, que soy el más feliz de los hombres con ese pensamiento. Riemer subrayó una y otra vez que Goethe había dicho varias veces *el más feliz de los hombres*. Refiriéndose a Wittgenstein en Oxford. Cuando Riemer dijo en Cambridge, Goethe dijo al parecer *Oxford o Cambridge, es el pensamiento más feliz de mi vida, y esta vida ha estado llena de los pensamientos más felices*. De todos esos pensamientos felices, el pensamiento de que Wittgenstein existe es el más feliz para mí. Riemer, al principio, no había sabido cómo establecer una relación entre Goethe y Wittgenstein, y había hablado con Kräuter, pero éste, lo mismo que Eckermann, no había querido saber nada de una visita de Wittgenstein a Weimar. Mientras que Goethe, como sé por manifestaciones que él mismo me hizo, quería ver a Wittgenstein tan pronto como fuera posible, Kräuter decía continuamente que Witt-

genstein *no debía venir antes de abril*, marzo era la peor de las épocas, el propio Goethe no lo sabía, pero él, Kräuter, lo sabía, Eckermann, en muchos aspectos, no se había equivocado al intentar apartar a Goethe de Wittgenstein, lo que naturalmente era absurdo, según me dijo Kräuter, porque Goethe no se había dejado apartar nunca de nada por Eckermann, pero Eckermann tenía siempre un instinto seguro, según me dijo Kräuter cuando pasábamos precisamente por delante de la casa de Wieland; Eckermann, en ese día dudoso, el día en que Goethe, de forma inconfundible, había reclamado a Wittgenstein la venida en persona de su sucesor, por decirlo así, había ido demasiado lejos; él, Eckermann, había sobrestimado sencillamente ese día las fuerzas, las fuerzas físicas y psíquicas de Goethe, lo mismo que sus propias competencias, y Goethe, a causa de Wittgenstein y de nada más, se había separado de Eckermann. Un intento de las mujeres de abajo (¡que estaban en el vestíbulo!) de disuadir a Goethe de su propósito, convertido ya en decisión firme, de echar realmente a Eckermann para siempre a causa de Wittgenstein, lo